

siana, pretendian gestionar negocios de ciudadanos suizos.

Sea el segundo incidente que durante muchos años Jecker sacó su carta de seguridad como suizo, y que según correspondencias recientes de París, hasta el mes de Agosto último lograron sus agentes en aquella ciudad que se insertara en el *Boletín de las Leyes*, el acta ó decreto de su naturalización como súbdito francés.

Sobre estos hechos, es supérfluo todo comentario.

Insistimos en considerar como única reclamación justa y legítima de la Francia, el adeudo pendiente de la convención francesa, que como muchas veces se ha dicho, apenas pasa de ciento noventa mil pesos. Y ¿en apoyo de esta deuda vienen las armas de la Francia? Es claro que nó.

En cuanto á las intenciones favorables de la Francia á nuestra regeneración, poco ó ningún crédito merece tal declaración, cuando es patente que en este punto se procede al acaso, sin plan y sin conocimiento de causa. El emperador de los franceses no reconoció como gobierno legítimo de México al cabecilla Miramon, cuando éste se suplantó á Zuloaga; reconoció al gobierno constitucional del Sr. Juárez, ofreciéndole por boca de Mr. Saligny, todo su apoyo moral; estando todavía en buenas relaciones con el gobierno legal de México, entró en las tramas de Almonte para dar al archiduque austriaco el trono de Moctezuma; reconoció por medio de sus plenipotenciarios la consistencia y elementos de estabilidad del gobierno del Sr. Juárez; declaró que con él iba á entrar en el terreno de los tratados para arreglar las cuestiones pendientes; faltó después á lo pactado para amparar á Almonte, quien á la sombra del pabellón francés se declaró jefe supremo con la acta de las firmas suplantadas de Córdoba; se alió con Márquez y con Gálvez, tendiéndoles la mano de amigo como á representantes de la parte sana del país; empezó las hostilidades sin previa declaración de guerra: sufrió un descalabro, intenta vengarlo, se divorcia de Almonte y ampara á los *espíritus fuertes*; pretende que bajo su amparo elijamos un gobierno, y quiere convertir á México en nueva Algeria, es decir, en colonia francesa para satisfacer la necesidad de acción de su pueblo y de sus soldados. . . . ¿Cuál de todas estas fases porque en unos cuantos meses ha pasado su conducta, es la que revela intenciones favorables á nuestra regeneración? Difícil es averiguarlo: el

mismo Mr. Forey había de verse apurado para satisfacer esta pregunta que tenemos derecho de hacer los mexicanos, puesto que á nosotros se dirige en su proclama, y así, las intenciones favorables, y el objeto en que persevera y ha perseverado el emperador, son un geroglífico más inexplicable que los que en las Pirámides de Egipto descifró el paciente y erudito Champollion.

«No es al pueblo mexicano,» dice el sucesor de Laurencez, «á quien vengo á hacer la guerra, sino á un puñado de hombres sin escrúpulos y sin conciencia, que han pisoteado el derecho de gentes, gobernando por medio del terror más sanguinario, y que para sostenerse no han tenido vergüenza de vender á pedazos, «al extranjero, el territorio de su país.» Al escribir tan torpe falsedad Mr. Forey, sólo recordaba las calumnias de los diarios ministeriales de su país, no sabía de la misa la media y demostraba su completa ignorancia de la historia contemporánea, á lo ménos del continente á que viene como primer explorador para trazar la soñada Algeria americana. Si antes de lanzar su manifiesto hubiera consultado, ya no con los comerciantes franceses residentes en Veracruz, sino siquiera con el último peluquero ó con la más ignorante modista de importación francesa, le habrían aconsejado que borrara este pasaje para no ponerse en ridículo incurriendo en groseras falsedades.

Prescindamos de la frase corriente de que no se hace la guerra al pueblo mexicano, sino á su gobierno. Esta banalidad de los ejércitos invasores, tiene una significación en el mundo que nadie ignora después de haberla empleado tantas veces el primer Napoleón en sus agresiones á todos los pueblos de Europa. Esa frase vulgar ya que pudiera alucinar á los pueblos oprimidos por un déspota, ó por un usurpador, no produce el menor efecto en países regidos por instituciones democráticas, en que el pueblo elige libremente á sus mandatarios y en que el sufragio universal no se deriva de un cataclismo como el golpe de Estado dado por el príncipe presidente de la República francesa por convertirse en emperador.

Hace la guerra al gobierno de México, á la minoría opresiva para hablar como Mr. de Saligny y Mr. de la Gravière, es hacer la guerra al pueblo de México, de cuyas instituciones y de cuya libre elección se deriva este gobierno sólidamente constituido, apoyado por la opinión, y cu-

ya estabilidad no ha podido debilitar una facción cubierta con todo género de crímenes, ni contando con el poderosísimo apoyo de la Francia.

Falso, falsísimo es que el gobierno constitucional haya pisoteado el derecho de gentes. Este cargo se lo hacen los que violaron los preliminares de la Soledad, los que no volvieron á sus posiciones militares, faltando así á las leyes del honor, los que han amparado á un Márquez y á un Gálvez, fraternizando con ellos. Este cargo se hace al Presidente Juárez, al que reducido al estrecho recinto de Veracruz, sin ser reconocido como gobierno por la Francia, pagaba religiosamente los compromisos internacionales, al que hizo el separo, á pesar de su penuria, de los. . . 600,000 duros que de la legación británica se robaron Miramon y el mismo Márquez, el que después abofeteó á una señora francesa, porque tenía el enorme delito de haber auxiliado con filantrópicos cuidados á las víctimas de Tacubaya! Y Juárez pisotea el derecho de gentes, y Márquez es aliado de la Francia y se cuenta entre los *espíritus fuertes*, evocados por Forey. . . .

Falso, falsísimo es que el Ejecutivo constitucional gobierne por medio del terror más sanguinario. Governa con la ley y sólo con la ley, y con el apoyo de la opinión. Ha llevado su clemencia hasta el último límite, ha prodigado el perdón y la indulgencia, como puede informar á Forey su compañero de armas Mr. Gálvez, otro espíritu fuerte, y sólo en casos muy excepcionales como el de Robles, ha ejercido inflexible justicia. Para juzgar de este acontecimiento, los franceses debieran recordar lo que ellos mismos piensan de los generales que abandonando sus banderas, fueron á unirse en 1815 á los cosacos y los prusianos.

Ya que idea tan exagerada se tiene en Europa, de la facilidad con que hacemos revoluciones y cambiamos de gobierno en las repúblicas hispano-americanas, merece algún estudio el hecho de que el pueblo mexicano no se dejara sojuzgar por Zuloaga ni Miramon, conservando siempre un centro de unidad legal y restaurando sus instituciones. Estamos seguros de que el mismo Mr. de Saligny, comunicó á su gobierno con cuánta libertad se hicieron después las elecciones, y que el Sr. Juárez fué elevado al poder por la mayoría de sus conciudadanos.

Nuestro ejército, el ejército del *negocio* del 5 de Mayo, se compone de voluntarios,

de milicias de todos los Estados, y no necesita, en verdad, apelar al terror, un gobierno que es obedecido y secundado por el pueblo de la República entera. Sépalo Mr. Forey, si no lo sabe; México lucha por su independencia y también por sus instituciones liberales, y por consiguiente, por el gobierno que de ellas se deriva.

Falso, falsísimo es que el gobierno actual de la República, haya vendido á pedazos al extranjero, el territorio de su país.—México, en la guerra injusta que le hicieron los Estados Unidos en 1847, perdió parte de su territorio, después de haber luchado por sí solo, sin que entonces se pensara por la Europa en poner un valladar á la expansión de la raza anglosaxona. Este desastre no ocurrió bajo la administración actual, ni es digno hacer reproches á un pueblo, por infortunios que no son nuevos en la historia. El tratado de Guadalupe Hidalgo, duro como fué para la República Mexicana, está muy lejos de ser tan humillante como lo fueron para la Francia los tratados de 1815, que además de arrebatarle todas sus conquistas, le impusieron la intervención, la obligaron á restaurar la cucarda blanca y á sufrir la dominación de los Borbones.

La otra cesión de territorio, hecha por México á los Estados Unidos, fué obra del gobierno conservador de Santa-Anna, es decir, de la parte sana, del partido latino con que tanto simpatiza la Francia, y que vendió el valle de la Mesilla sin ningún motivo, más que disfrutar de la indemnización.

El gobierno de Juárez no ha vendido ni una pulgada del territorio nacional, y en medio de sus más graves conflictos, ha desechado enérgica y resueltamente cuantas propuestas se le han hecho en ese sentido.

El general Forey, en su intento de separar la causa del gobierno de la del pueblo mexicano, ha tenido que faltar escandalosamente á la verdad.

«Se ha tratado, continúa, de excitar contra nosotros el sentimiento nacional, pretendiendo haceros creer que venimos á imponer al país un gobierno á nuestro antojo; lejos de eso, luego que el pueblo mexicano sea manunitido por vuestras armas, elegirá libremente el gobierno que le convenga; traigo expreso mandato de declarároslo así.»

El sentimiento nacional no ha necesitado de ser excitado; espontánea, libremente se ha pronunciado hasta en los últimos rincones del país contra la inter-

vencion extranjera. El pueblo ha comprendido que pretende darle la Francia un gobierno á su antojo; y si de esto le quedara alguna duda, se la quitarían las palabras de Forey. ¿En virtud de qué derecho venís á manumitirnos? ¿quién os llama? ¿quién apela al favor de vuestras armas? ¿ignoráis que este pueblo luchó once años para hacerse independiente, y que despues ha tenido fuerza bastante para quebrantar todas las tiranías, hasta las amamantadas por la diplomacia europea, como la del clero y de los usurpadores Zuloaga y Miramon?

¡Manumision! atroz insulto. . . ¿pensáis que un pueblo pueda querer cambiar su condicion noble y grandiosa de independiente y libre, gracias á su propio esfuerzo, por la degradante del miserable liberto, favorecido por el capricho de un invasor dominante é imperioso? . . .

México se ha dado ya sus instituciones; á costa de mil sacrificios ha conquistado la reforma, ha elegido libremente su gobierno, gobierno que se atreve á resistir á las armas francesas, y no se prestará jamás á la farsa de que se le arranquen sus sufragios cuando esté subyugado, no manumitido por esas armas que no le espantan, ni le aterran.

«Los hombres de ánimo fuerte que han venido á reunirse á nosotros, merecen nuestra especial proteccion: mas en nombre del emperador, llamo, sin distincion de partidos, á todos los que quieran la independencia de su patria y la integridad de su territorio.» Al hablar así Forey, no sabia quiénes eran esos hombres de ánimo fuerte: hay entre ellos dos, cuyos nombres lo habrán entrístecido si ama el honor de la Francia; esos nombres son los de Márquez y Gálvez. . . Y ofreciendo proteccion á estos dos bandidos, se llama á los amigos de la independencia! Id á aliaros con Chiavone, y llamad al pueblo italiano! El error que con tal paso cometeríais, lo cometéis en México.

Es el colmo de la irrision añadir que «no entra en la política de la Francia mezclarse por un interés personal en las disensiones intestinas de las naciones extranjeras; pero que cuando por legítimas razones se ve obligada á intervenir, lo hace siempre en interés del país en que ejerce su accion.» En lo que ha venido á parar el decantado principio de no intervencion con que tanto tiempo ha engañado Napoleon á Europa!

La Francia viene á fomentar las disensiones intestinas de México, á ayudar á

la faccion enemiga de la libertad, de la civilizacion y del progreso, á la vez de nuestras revueltas, á turbas de bandidos, asesinos é incendiarios, y á sumergir su pabellon en el fango de los crímenes más execrables. No se detiene á demostrar ni siquiera á enumerar, cuáles son sus legítimas razones para intervenir en nuestros negocios, pero se quita completamente la careta de reclamaciones y agravios, y así enaltece la justicia de nuestra causa.

Al concluir nos dice Forey: «Recordad, mexicanos, que donde quiera que ondea la bandera francesa, en América lo mismo que en Europa, representa la causa de los pueblos y de la civilizacion.» Así lo creyó el mundo por algun tiempo, pero hoy está ya desengañado; esa bandera ondea en el Vaticano para perpetuar en el mundo el anacronismo del poder temporal del papado; esa bandera ondeó en Villafranca, y retrocedió dejando oprimida á Venecia; esa bandera ondea sobre las chusmas reaccionarias de México, ampara á Almonte, á Márquez, á Gálvez, y representa en México el derecho de intervencion y de conquista, la causa de los usurpadores, del retroceso y de la barbarie en pleno siglo XIX.

Forey, ántes de recurrir al asalto de nuestras posiciones, ha intentado en su proclama una batalla moral, y el éxito será su primera derrota; pues no habrá un solo mexicano que ame la independencia de su patria, ó sienta siquiera la dignidad de hombre, que se deje alucinar por su insulsa palabrería. Por el contrario, todos comprenderán en su proclama que se atenta á la independencia de México, y que se le amenaza con una oprobiosa intervencion. El pueblo mexicano preferirá mil veces sucumbir con gloria, sepultándose entre los escombros de su independencia, á convertirse en liberto del emperador de los franceses.

Hé aquí cómo se comprende la cuestion en Francia: ¡la manumision! Preciso es insistir en que sólo el triunfo y la resistencia de los mexicanos pueden hacer que el brillo de la verdad llegue á las Tullerías, y repetir, no con la vana esperanza de recibir socorros, sino por el interés de la civilizacion, que la expedicion francesa á México es no sólo el colmo de la iniquidad contra nosotros, sino el ludibrio de la Inglaterra y de la España, la mofa á la Europa, el reto á los Estados Unidos y á toda la América, y la amenaza á todos los pueblos de la tierra. Tenemos, pues, que luchar no sólo por nuestra independencia,

sino por la causa universal de la justicia y de la civilizacion, del derecho y de la libertad.

ARTÍCULO III.

Conferencia del general Forey con los negociantes franceses en Veracruz.

El 25 de Setiembre, un dia despues de haber lanzado desde el buque en que vino la proclama que ya hemos analizado, desembarcó en Veracruz el general Forey, y despues de recibir de sus soldados los honores de ordenanza, les dirigió en la plaza una larga alocucion, que sentimos no conocer, que segun parece no se ha dado á la prensa, y en la que, segun afirman algunas cartas, pronunció la frase de que era preciso marchar contra Juárez, que estaría encerrado en su palacio cubierto de crímenes! Háyase ó no pronunciado esta borbotada para alentar á los vengadores del negocio de Puebla, no vale la pena de contestarla.

Despues mandó izar el pabellon mexicano, diciendo que la Francia no viene á atentar á la nacionalidad de México, sino á defenderla de los partidos que la comprometen y contra los que quieren entregar el territorio al extranjero. No sabemos en virtud de qué derechos crea la Francia tener la mision de defender á México contra los mismos mexicanos, y en cuanto á entregas de territorio, sólo piensan hacerlo los espíritus fuertes á quienes llama el general en jefe. Repugnando como el que más toda enajenacion del territorio nacional, no reconocemos, sin embargo, derecho en una potencia extranjera para evitar ventas ó concesiones de tierras, ni tratados de límites que aumenten ó disminuyan el territorio de las naciones que los celebran. Que en todas partes ha habido tratados de esta naturaleza, cosa es que la Francia sabe por propia experiencia, y ella misma no reconoce el derecho que pretende ejercer. ¿Qué hubiera dicho si despues de la paz de Villafranca, el Austria ó la Rusia hubieran invadido la Italia para salvarla de los partidos que la comprometen, es decir, de los borbonistas, los moderados, los papistas, los monárquico-constitucionales, los republicanos, los mazzinianos, etc., y para oponerse á que Víctor Manuel regalara á la Francia Nizza y Saboya en pago de la desinteresada ayuda de Napoleon? ¡Oh! entónces hubiera defendido el derecho de no intervencion, habria sostenido que las cuestiones intes-

tinias de la Italia sólo deben ser decididas por los mismos italianos, y que la Italia es libre para hacer concesiones de su territorio. No es esta la única contradiccion que el mundo puede echar en rostro al emperador de los franceses.

El general anunció su llegada á los comerciantes franceses residentes en el puerto, invitó á los principales de entre ellos á que lo visitaran, deseando conocer sus opiniones y oír sus quejas sobre los perjuicios que seguramente venia creyendo que sufrían del gobierno Mexicano. ¡Cuánto mejor hubiera sido oír estos informes y pedir estas quejas para formar juicio, ántes de expedir la proclama!

Los negociantes acudieron al llamamiento, y la conferencia comenzó por una especie de amonestacion á los franceses, acusándolos casi de falta de patriotismo porque no son partidarios de la intervencion en México. Agregó que sobre este punto se han enviado al emperador informes que cree exagerados, dirigidos de una manera malévola, y con un fin premeditado, y puso en duda que el perjuicio sufrido por el comercio á resultas de la expedicion, entibiara los sentimientos patrióticos de los franceses establecidos en este país. Forey ha sido justo al calificar los informes remitidos al emperador. Los interesados en miserables especulaciones, son los que se han empeñado en calumniar á aquellos de sus compatriotas que, sin dejar de ser francos, han deplorado esta guerra, conocen toda su injusticia, y han visto con profundo disgusto las manchas que han caído sobre su pabellon. Los especuladores creyeron necesario desautorizar todas las voces imparciales y justas que llegaran á Francia; no bastaba acusar á los amigos de la justicia de falta de patriotismo, era preciso explicar su conducta atribuyéndola á un mezquino interés, á las pérdidas que ha ocasionado al comercio la ocupacion de Veracruz.

Este exordio del discurso de Forey pone en claro dos hechos importantes: primero, que los intervencionistas emplean el arma de la calumnia en los informes que mandan á Francia, y que si la esgrimen contra sus propios compatriotas, no han de tener escrúpulo en usarla contra el pueblo y el gobierno de México; y segundo, que residen en el país muchos franceses tan imparciales, tan justos, tan irritados contra la iniquidad, que han sido pintados como hostiles á la expedicion. El primero de estos hechos debe llamar la atencion de Forey, para hacerle buscar informes de orí-

gen puro y desinteresado; el segundo debe influir en el ánimo de los que claman por la violenta expulsión de todos los franceses, sin admitir ningún género de distinciones, resolviéndose á sacrificar víctimas inocentes.

El general declaró en seguida que la política imperial había sido muy mal comprendida por las personas hasta ahora encargadas de representarla; que por consiguiente, se habían cometido faltas gravísimas que era necesario enmendar, y que así habría que borrar gran parte de lo que se ha hecho para inaugurar la política nueva, la única que ha estado siempre en las intenciones del emperador.

Palabras son estas que contienen verdades como puños, pues es evidente que Mr. de Saligny, ni antes ni después del rompimiento, ha comprendido su misión, que en más de un caso ha obrado sin instrucciones, y en conflictos por él provocados, ha dado de su soberano la más triste idea, pintándolo como dominado por los caprichos de su esposa, é incapaz de oír la razón. De este espíritu que guiaba al diplomático francés, resultaron las gravísimas faltas cometidas, y las que hay que borrar comienzan desde el rompimiento de los preliminares de la Soledad, que ha sido un escándalo para el mundo entero.

Tan paladina confesión haría confesar en efecto un verdadero cambio de política, una positiva reparación de las gravísimas faltas cometidas, si no tuviéramos ya datos para afirmar que en la lógica imperial, sentadas inconcusas premisas, se va á sacar la consecuencia por los cerros de Ubeda. Para reparar el error cometido, era preciso renegar completamente de la conducta de los representantes que no han comprendido su misión, reflexionar que el *negocio* de Puebla fué consecuencia precisa de las imprudencias de Mr. de Saligny y de los embustes de Almonte, y volver al terreno de los tratados conforme á lo estipulado en los preliminares.

Peró léjos de ésto, que es lo que aconseja la razón, la justicia y el honor bien entendido, la nueva política se limita á obtener por las armas una satisfacción completa de los agravios del gobierno de Juarez y del *negocio* de Puebla, á ocupar la ciudad de México, y una vez alcanzado este objeto, invitar al país á que constituya un gobierno por la vía del sufragio universal, y á seguir las leyes existentes. Este gobierno, sea el que fuere, dice Forey, que será reconocido por el gobierno

francés, y será protegido por él contra todos los disidentes, quedando fuerzas francesas, si esta medida se cree necesaria. Aunque á causa de ciertos antecedentes no se quiere, ni se puede tratar con el gobierno de Juarez, ó más bien con la persona de Juarez, esta imposibilidad ha de desaparecer, si es favorable al Sr. Juarez el resultado de las elecciones.

Tal es la nueva política explicada por Forey en su fin principal, y después vienen detalles que pueden considerarse como medios de ejecución.

Hay en efecto algún cambio, una vez que ya no se habla de monarquía, ni del archiduque Maximiliano, y que en lugar de esto, la condescendencia imperial llega á admitir la hipótesis de que el pueblo mexicano, invitado á votar por los invasores, eligiera su gobernante al Sr. Juarez, borrándose *esos ciertos antecedentes* que no se explican, y que por ahora impiden que la Francia pueda tratar con su gobierno. Pero este cambio no es lo que debiera ser conforme á los principios eternos é inmutables de la justicia.

Comprendemos muy bien que se apele al recurso extremo de la guerra contra un país que se niegue á dar las justas reparaciones que se le pidan, y que se rehuse á entrar en la vía razonable y pacífica de las negociaciones. Hemos dicho muchas veces que la única deuda legítima y reconocida que la Francia puede reclamar á México, consiste en los 190,000 pesos de la convención, y que todas las otras reclamaciones son tan cuestionables en su origen, en sus fundamentos y en su monto, que el mismo Mr. Saligny y su gobierno creyeron necesario someterlas al riguroso exámen de una comisión mixta. Ahora, Mr. Forey no enumera cuáles son los agravios del gobierno de Juarez que reclaman satisfacción, y preciso es repetir que, sean los que fueren, el gobierno de México explícitamente ha declarado que está dispuesto á escuchar todas las quejas en el terreno de la diplomacia, y á atenderlas conforme á justicia. Si no se entablaron las negociaciones en que debió ventilarse esta cuestión, la culpa no es del gobierno mexicano, sino única y exclusivamente de los comisarios que rompieron los preliminares de la Soledad, y que según Forey, no comprendían su misión. Mientras el gobierno de México no se niegue redondamente á escuchar y á atender las quejas de la Francia, mientras no falte á los compromisos contraídos, la guerra

será injustificable, por más que para traérnosla se inventen prodigiosos proyectos.

Satisfacción por el *negocio* de Puebla... Francamente no comprendemos lo que esto quiere decir. ¿Se pretende castigarnos por las fulleras de Almonte y por la ligereza suma de los que creyendo en su palabra, se figuraron que Puebla, al aproximarse el invasor se alzaría contra el gobierno de Juarez, al que nunca había obedecido, y saldría al paso de Laurencez, regando de flores su camino? ¿Existe un nuevo derecho de gentes que autorice á la Francia á invadir impunemente á todas las naciones, y que obligue á éstas á prosternarse y á gemir delante del invasor? Sólo así puede verse un agravio en el *negocio* de Puebla. Tal apreciación no es hija de la justicia, ni de la razón; procede sólo de una falsa idea de honor militar, y de la creencia errónea de que las armas francesas han de triunfar siempre y en todas partes. Conocida la verdad en la cuestión mexicana, la idea de vengar el *negocio* de Puebla es tan peregrina, como la de vengar el *negocio* de Waterloo! Aunque México llegara á ser conquistado por millones de franceses, aunque no quedara en nuestras ciudades piedra sobre piedra, aunque sobre ruinas se fundara la nueva Algeria, nada de esto destruiría el hecho de que el 5 de Mayo de 1862, el ejército francés fué rechazado de Puebla por los soldados de una nación que luchó por su independencia.

Empresa sencilla y facilísima parece á Mr. Forey la ocupación de la capital de México, y sueña que éste solo hecho le asegura el dominio absoluto de todo el país. Sobre la facilidad de la ocupación de esta capital, pronto los hechos hablarán más alto que lo que nosotros pudiéramos hacerlo. Figurarse que la ocupación de la ciudad de México equivale á la conquista de la República, es abrigar una engañosa ilusión, tan quimérica como irrealizable. La caída de la capital sería el verdadero principio de la guerra vigorosa é intransigible, y la Algeria americana no es tan fácil de domeñar como la africana. La Francia debiera recordar lo poco que valen y producen los grandes triunfos de los ejércitos que invaden un país que está resuelto á defender su nacionalidad, y bien sabe que Napoleón el Grande no fué dueño de Rusia con haber entrado á Moskow entre las llamas; ni conquistó á España con las atrocidades que Murat cometió en Madrid, y que produjeron el memorable 2 de Mayo.

Continuando Mr. Forey sus castillos en el aire, imagina que ocupada la ciudad, convoca al pueblo mexicano á elegir un nuevo gobierno, después de pronunciar la *dechéance* de Juarez, como los aliados pronunciaron en París, en 1815, la de Napoleón I., y que desde la Baja-California hasta Chiapas, y desde Sonora hasta Yucatan, el pueblo se apresurara á emitir sus sufragios, aceptando este favor de la Francia, y siguiendo las leyes existentes. Derrocar al gobierno establecido, invitar al pueblo á que se dé uno nuevo, sólo porque así place á la majestad de un Bonaparte, no es tan fácil como cree Mr. Forey. *That is the question*, arrebatar á México sus instituciones, y darle un gobierno elegido bajo la presión de las armas francesas.

Cierto es que la Francia ha sufrido esta humillación en el presente siglo, pero entonces la Europa coligada contra ella, fué á reprimir su sed de conquista y á librarse del agitador del mundo, motivos que la Francia no puede alegar ni contra México, ni contra el gobierno de Juarez. Ciertamente Luis XVIII reinó por la gracia del extranjero; pero cierto es también que esta circunstancia imprimió una mancha indeleble á la Restauración, y que el pueblo francés, por solo este antecedente, nunca consideró como nacionales los gobiernos de los Borbones, deshaciéndose en una asonada de Carlos X, y frustrando así todas las previsiones de la diplomacia, que en sus cálculos no tiene en cuenta el valor de los pueblos, ni la fuerza de la opinión.

México está regido por instituciones regulares que se dió libremente, y que conculcadas por una facción usurpadora, fueron restauradas por el heroico esfuerzo del pueblo. Conforme á estas instituciones, crió su gobierno, y el voto popular, libremente emitido, elevó á la presidencia al Sr. Juarez. ¿Qué tiene que ver la Francia para arreglar sus reclamaciones, ni para vengar el *negocio* del 5 de Mayo, con esta cuestión de legalidad y de régimen interior de la República? Nada, absolutamente nada, y al desenvolver esta mira, sólo intenta suscitar intestinas discordias, para contar como auxiliares á los enemigos del gobierno actual. La Francia quiere hacer del cuartel general de Forey, un nuevo Coblenz, en que se abriguen los nobles de México, reducidos á gavillas de incendiarios y asesinos.

México tiene leyes y gobierno, y no consentirá jamás en la humillación de que